dichoso enfermo, con el favor y ayuda del indio su amigo que lo traía, que bien creo yo de la franqueza y liberalidad de Dios, que con las ganas que tiene de que todos se salven, cuya caridad lo trajo del cielo a la tierra y lo hizo hombre para nuestro remedio, ordenaría el camino deste amigo por esta calle para que llevase en sus brazos a la pila del bautismo a éste que por redemirle ese mismo Señor, lo llevó sobre sus hombros y le dio el precio de su salvación en el santo madero de la cruz. El ministro que a esta ocasión se halló presente era el piadoso padre fray Domingo de la Anunciación; y como vio el enfermo se llegó a él preguntándole lo que quería, porque entendió debía de ser cosa muy necesaria que tocaba al alma la que con tanta enfermedad y flaqueza de cuerpo le había sacado de su casa. Contóle el indio todo el caso, concluyendo con pedirle, por amor de Dios, le bautizase de presto, porque su ánima gozase de su criador y Señor, excusando la horrible vista de los demonios, de quien uno solo le tenía tan espantado. Acudió muy presto a bautizarle el buen padre fray Domingo y apenas había bien acabado de decir aquellas palabras con que el santo bautismo se concede, cuando el dichoso y bienaventurado indio se quedó muerto en aquel suelo, y su ánima dichosísima encumbrada en los gozos del cielo, como es fuerza que lo creamos, habiendo venido al bautismo de su voluntad y habiéndolo recebido, donde quedó lavado de todas sus culpas y pecados; y habiendo muerto luego en la gracia que por él se recibe, y no habiéndole quedado tiempo de reincidir en ninguna culpa mortal por la cual se pierde. Quedó con esto burlado el demonio, contento el religioso, edificada nuestra fe, conocida la misericordia de Dios y maravillosa (como siempre) su providencia.

## CAPÍTULO XIV. *De cómo después que estos indios fueron recibiendo el agua del santo bautismo, fueron también levantados sus espíritus por gracia de Dios para la perseverancia en la virtud, y de casos particulares que lo comprueban*

A PUERTA DE LA BIENAVENTURANZA, dijo nuestro maestro Jesucristo a Nicodemus que era el bautismo, sin el cual ninguno se podía salvar;[1] y aunque desde el principio de su institución comenzó a comunicar gracia, tuvo empero su mayor eficacia no en cuanto a comunicar gracia, sino en cuanto a sus efectos de fortaleza, en la pasión y muerte de ese mismo Jesucristo nuestro Señor; después de la cual no solamente los bautizados se preciaban de ser de Cristo, sino que en orden de ser cristianos, confesaban su santísimo nombre. Petición que el hijo de Dios hace, diciendo: el que me confesare delante de los hombres, confesarle he yo también, delante de mi padre eterno.[2] Como quien dice, el que se preciare

[1] Ioan. 3.
[2] Math. 10.

de cristiano, y de hacer obras de cristiano hasta morir en esta defensa, será mío, y yo me preciaré de ser su Dios y de darle públicas alabanzas; como en otro tiempo del Bautista, cuando le envió los discípulos a que dijese si era el que el mundo aguardaba para su redempción;[3] porque no sólo se precia Dios de ser nuestro, en cuanto a la creación, sino mucho más en cuanto a la redempción y conservación, y más especialmente, cuanto al conservarnos en gracia, si de nuestra parte no hay impedimento. Ésta pudo tanto en el mismo Nicodemus, que siendo discípulo de Cristo en secreto, sin atreverse a comunicarle en público, sino cuando mucho de noche (como testifica San Juan)[4] después de bautizado y muerto Cristo en la cruz, va con corazón osado a Pilatos a pedirle su santísimo cuerpo para darle sepultura. Y tanto se mostró suyo que indignados los judíos contra él lo privaron confusiblemente de la dignidad que entre ellos tenía, y lo echaron fuera de su consistorio y desterraron y desposeyeron de su casa y hacienda; y vino a tanta pobreza por la perseverencia que tuvo en la amistad y escuela de Cristo, que viéndolo Gamaliel tan solo, pobre y abatido, lo recibió en su casa y proveyó de lo necesario. Lo cual (según Luciano,[5] y lo refiere el doctísimo César Baronio, en sus *Anales)* dice el mismo Gamaliel, por estas palabras: Entonces yo, Gamaliel, viendo que toda aquella persecución pasaba por Cristo, lo recebí en las casas que tengo en el campo, y le di de comer y de vestir, hasta la fin de sus días, y muerto lo enterré muy honradamente junto del sepulcro del señor San Esteban. De manera que el que antes no se atreve a confesar la comunicación con Cristo, ya después de muerto no sólo se precia de haberle comunicado, sino también de padecer menguas y afrentas, por ser su discípulo. Y Gamaliel, que también lo era, aunque ocultamente, por consejo de los apóstoles, porque así pudiese mejor aprovechar a la iglesia (como también lo dice el mismo Baronio) no sólo se preciaba de ser cristiano, guardando la ley de Cristo, sino también ejercitando en ella las obras de virtud y caridad que se ofrecían.

Destos indios convertidos sabemos que no sólo se preciaron de cristianos, cuando de veras vinieron al bautismo y se consagraron a Dios verdadero, sino que sufrían persecuciones y denuestos muy grandes de los otros que aún no se habían convertido. Y demás de mostrarse cristianos en la guarda de la ley evangélica, añadían al fervor de su espíritu el ejercicio y ministerio de la caridad, tan poco usada entre ellos en el tiempo de su infidelidad (como hemos dicho), porque esta fuerza tiene el bautismo, que así como el hombre en el ser de sola naturaleza recibe fuerzas corporales para las cosas de la vida humana, así en el ser de gracia, en la regeneración del bautismo las recibe muy aventajadas para las cosas de virtud; y aunque fueron muchos los indios que dieron ejemplo de mucha aprobación y verdadera cristiandad, regenerados con el agua del santo bautismo, y los hubo en muchas partes y particularmente en Tlaxcalla. Diré aquí de uno, natural de la villa de Quauhnahuac, que cuando él comenzó a dar ejemplo, había

[3] Math. 11.
[4] Ioan. 3. Ioan. 19.
[5] Lucian. in Epist. de Invent. S. Steph. Baron t. 1. f 249. n. 324.

pocos alumbrados del Espíritu Santo en aquella provincia, y fue de los primeros convertidos de toda la tierra. Este hombre (como hemos dicho) era natural de Quauhnahuac, hombre principal, y llamábase Pablo, y fue tanta la gracia que el Señor le dio, después de regenerado con el sacro bautismo, que de lobo robador vuelto manso cordero, como otro Saulo, todo aquel pueblo lo tenía por ejemplo y dechado de virtud; porque a la verdad ponía freno a los vicios y espuelas a la virtud, entre los fríos era ferviente y entre los dormidos despierto. Continuaba mucho la iglesia y estaba siempre en ella, las rodillas desnudas en tierra; y con ser muy viejo y todo cano, estaba tan derecho de rodillas como lo pudiera estar un mozo muy robusto y fuerte. Con la vida cristiana deste buen viejo Pablo, reprehendían los religiosos los vicios de los otros principales; porque como dice el Filósofo, un contrario, puesto junto de su contrario, más luce y resplandece; y el ejemplo de una virtud, puesta a los ojos, es reprehensión eficaz y viva de su vicio contrario. Así, que no sólo los fervorosos ministros reprehendían los vicios de los señores y principales, con la buena vida de Pablo, sino que la traían por ejemplo para mover a todos los demás a su imitación y a la detestación de todo lo malo. Este Pablo, perseverando en su buena cristiandad, diciéndole el espíritu que se le llegaba su fin, estando sano, fuese a la iglesia y se confesó generalmente (que aun entonces pocos se confesaban) y confesando enfermó de su postrera enfermedad, y en ella se reconcilió, otras dos veces, purificando su ánima con el sacramento de la penitencia. Hizo testamento que fue el primero, según se cree, que indio hizo en esta tierra, por no ser cosa que ellos usaban, aunque para las herencias se regían por sus antiguas costumbres (como en otra parte decimos). En el testamento distribuyó y dejó a pobres parte de los bienes que poseía. Fue llorada y sentida la muerte deste buen viejo Pablo, y mucho más la falta de su buen ejemplo, que no fue poca, porque estaba muy dormida aquella gente y aun parecía de menos quilates de buen sentimiento que otra. El religioso que lo enterró predicó a su entierro tomando motivo de aquellas palabras de la Escritura que dicen: Muere el justo, y ninguno lo echa de ver.[6] El cardenal que predicó a las obsequias del glorioso doctor San Buenaventura, tomó por tema de su sermón: Mucho me duele tu muerte, amigo mío, Jonatás.[7] Dolíase de que el mundo hubiese perdido un tan gran sujeto, como era San Buenaventura, que tan necesario era en la iglesia de Dios. Lo mismo sentía este buen religioso, viendo morir el que daba ejemplo de virtud, a los que aún no la conocían perfetamente; pero, finalmente, aunque los hombres sean en alguna manera necesarios para las cosas de la iglesia y defensión de la ley de Dios, llega la muerte a ellos como a los demás ociosos y desaprovechados por ley establecida (como dice San Pablo)[8] de ese mismo Dios, y pone otros donde faltaron aquellos, como sucede en las guerras, que en la escuadra donde cayó un soldado se pone luego otro para que entiendan los hombres que no son los hombres los que

[6] Isai. 57.
[7] 2. Reg. 1.
[8] Ad. Heb. 92.

con sólo su saber rigen las cosas de su santa iglesia, sino que es con el gobierno del Espíritu Santo, y que son enseñados de la sabiduría de Dios, y que donde cayó un soldado que defendía aquel puesto levanta otro que con las mismas fuerzas de Dios lo defendía;[9] porque sabe hacer escuadrones y legiones de soldados, de huesos podridos de hombres muertos; y a los que no tienen saber para nada se lo da muy aventajado para todo. De manera que aunque este buen indio faltó y hizo falta su muerte al buen ejemplo que con su virtuosa vida daba, Dios resucitó el espíritu de otros que luego le fueron siguiendo en continuación de toda virtud.

De estos hubo otro en la villa de Toluca, del cual dice el padre fray Gerónimo de Mendieta estas formales palabras: yo puedo decir de un Pablo, por sobrenombre Hernández, que lo tuve por fiscal de la iglesia en el pueblo de Toluca, y por intérprete para ayudar a predicar en la lengua matlatzinca (porque hablan allí ambas lenguas) en el cual conocí tanta bondad natural, tanta cristiandad y virtud sobre todos cuantos he visto, que cuando murió me pareció le hacía injuria si en su sepulcro no dejaba la memoria de sus méritos y nombre, y para ello tuve labrada la lápida y esculpidas las letras, sino que considerando después cuantos religiosos, siervos de Dios y conocidos por santísimos varones, dignos de eterna memoria, plantadores de la fe y religión cristiana en este nuevo mundo, estaban enterrados y se enterraban generalmente sin esta memoria; y en la misma iglesia de Toluca, yace simplemente sepultado el primer apóstol de aquella nación matlaltzinca, fray Andrés de Castro, que merecía sepulcro riquísimo de mármol, o jaspe, mudé parecer y no puse la lápida. Este caso cuenta así este venerable y virtuoso varón.

Y para concluir con este capítulo, y para que nuestro Señor sea alabado en sus siervos, sólo quiero referir un caso que acaeció a un religioso nuestro, confesor en tierra de la Guaxteca. Éste confesó a un indio en aquella tierra, en el pueblo de Zuluama, el cual se vino, tres o cuatro días antes de su muerte, a confesar a la iglesia por sus proprios pies; y diciéndole el confesor: ¿Qué pues no estaba enfermo, que para qué se quería confesar?, le respondió: Padre, yo sé que me tengo de morir agora, en breve, por eso hazme misericordia y confiésame. Tenía este indio, de edad, más de ochenta años; y preguntando el confesor (como es costumbre en su interrogatorio) que si había fornicado o adulterado con alguna mujer, le respondió: pasa adelante a otra cosa, padre, con tus preguntas, porque acerca de ese artículo de la fornicación y adulterio, después que recibí, cuando mozo, el agua del santo bautismo, por la misericordia de Dios, ni he conocido otra mujer más que la mía propria, legítima, ni tampoco me he emborrachado. En confirmación de esta eficacia, que vamos probando, digo, que en aquellos tiempos venían muchas gentes al pueblo de Tehuacan, que estaba en comarca de muchas otras provincias, donde se pusieron frailes entre las cuales venían señores de grande estima cargados con ídolos, y los ofrecían a los frailes para que los quebrasen y destruyesen, y les pedían con grandí-

[9] Ez. 37.

sima devoción el bautismo y que los enseñasen en la ley de Dios. Entre muchos otros que vinieron fue una señora de un pueblo llamado Tecciztepec, con muchas cargas de ídolos para que los quemasen, y la enseñasen en las cosas de la fe, deseando que le fuese mandado todo lo que debía hacer para ser cristiana y servir a Dios, al cual deseaba tener propicio, como aquel que hasta entonces le había tenido ofendido y enojado con las culpas de la idolatría, y otras que contra él había cometido en el tiempo de su infidelidad. Fue admitida de los frailes, y después de bien enseñada y bautizada no quiso volverse a su pueblo; antes dijo que quería mostrarse a Dios grata y agradecida, y que para esto se quería estar en el pueblo de Tehuacan algún tiempo, dando gracias a Dios por tan alto beneficio como le había hecho. Hízolo así, oyendo de ordinario la palabra de Dios, que los ministros predicaban y oyendo misa y asistiendo a los oficios divinos.

Trajo esta señora consigo dos hijos a lo mismo que ella vino; y al que heredaba el señorío mandó que se enseñase, no sólo por lo que a él le convenía, pero también para que supiese enseñar a sus vasallos y darles el ejemplo que debía a buen señor. Estando pues esta fervorosa nueva cristiana en tan buenos ejercicios, con la suavidad de la leche del bautismo en los labios, adoleció de muerte, y en esta enfermedad mostró el gusto que tenía de conocer a Dios, y murió, encomendándole muy de veras su ánima, y a su santísima madre nuestra señora la Virgen María. De creer es que la que no quiso volver a la casa y señorío que tenía en la tierra, por más amar y conocer a Dios, que ese mismo Señor la llevaría al señorío del cielo para reinar siempre con sus ángeles. De Ruth[10] sabemos que no quiso desamparar a su suegra Noemí, después que una vez se hizo de su pueblo, y al tiempo que la despedía para volverse Noemí a su pueblo, de donde había salido, le dijo la discreta moabita Ruth: No me trates así, señora mía, ni me hagas fuerza para que me vuelva a mi tierra, porque en ninguna manera lo haré, que contigo tengo que ir, porque tu pueblo es mi pueblo y tu Dios es mi Dios. Casó después con el príncipe Booz, y fue una de las ascendientes en la línea de Cristo nuestro redemptor.[11] Grande merecimiento fue éste, pero nacido de tener al Dios de Noemí por su Dios. Pues ¿por qué no le será de muy grande a esta señora, pues que deja su casa y señorío, y viene confesando que nuestro pueblo cristiano es su pueblo, y nuestro Dios su Dios? Bien creo que ya que no la enriqueció en esta vida, de más bienes temporales de los que en la gentílica tenía, se los aventajó en el cielo, en los verdaderos de gloria. Hase traído esto a consecuencia de que ha habido particulares indios, muy escogidos, que después del bautismo sirvieron a nuestro Señor, muy de veras, y fueron notables en ejemplo y cristiandad, perdiendo la pusilanimidad y miedo que tenían a las cosas de la idolatría y abrazándose con las fuerzas que cobraron en el sacramento del santo bautismo, cuya eficacia manó de los méritos y sangre derramada de nuestro señor Jesucristo, a quien sean las gracias y alabanzas de todo.

[10] Ruth. 1.
[11] Ruth. 4 et 13.